

EL ORIGEN CRISTIANO DEL COOPERATIVISMO DE MONDRAGÓN

Para cualquiera que conozca cómo fue creado y quiénes fueron los promotores del cooperativismo de Mondragón resulta obvio que el fundamento en el que se basó su estructura de organización humana, social y económica, tiene sus bases en la intención, no discutible, de hacer viable en la empresa comunitaria los mensajes de las encíclicas papales que se refundían y simplificaban bajo la acepción escueta de *“la cuestión social”*.

1. D. JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA LLEGA A MONDRAGÓN

El día 5 de febrero del año 1941, antes de que pasaran dos años del final de la guerra civil y se iniciara la opresiva dictadura, que duraría casi 40 años, en una mañana lluviosa y desapacible, se apeaba en la estación de ferrocarril de Mondragón con una maleta de cartón, una cartera de mano y todos los atuendos reglamentarios de clérigo: manteo, sotana y teja, José María Arizmendiarieta. Era natural de Markina, había sufrido la guerra civil sin renunciar jamás a ser sacerdote y había celebrado su primera misa en la Parroquia de San Pedro de Barínaga el día 1 de enero de ese año 1941. Al llegar a Mondragón como coadjutor de su Parroquia de San Juan este sacerdote tenía 25 años.

2. D. JOSÉ MARÍA, SACERDOTE, SE IMPLICA EN UN COMPROMISO SOCIAL

Presintiendo cuanto su vocación le iba a exigir en la vida diaria, durante el verano de 1940 había cursado con brillantez (así consta en el diploma que recibió en la Academia de Sociología de la Universidad Pontificia de Comillas) un curso de sociología que dirigió D. Joaquín Azpiazu S.J., de bien ganada fama por su notoriedad en la divulgación de la doctrina social de la Iglesia comprometida en la cuestión social. Esta misma proclividad la había mostrado en el Seminario de Vitoria a través de su profesor D. Juan Talamas, distinguido sociólogo irunés y aventajado discípulo de Emmanuel Mounier del que D. José María estudió como lo prueba la nómina de libros que se conservan en su biblioteca personal. Desde comienzos de su ministerio sacerdotal y como consiliario de Acción Católica fundió dos aspectos que fueron la guía inmovible de su profunda vida espiritual encarnada en la promoción de realizaciones prácticas: *“La idea y la palabra buena es la que se convierte en acción”* y a continuación con la misma firmeza sostenía *“Dios debe ser el centro de mi vida, como hombre, como cristiano, como sacerdote. Me ha dado todo lo que poseo. Me ha dado sin merecerlo, sin necesitarme”* ...

3. LA CUESTIÓN SOCIAL EN LAS ENCÍCLICAS

Lo que inició el Padre Arizmendiarieta no se puede deslindar de un contexto propicio. En realidad la Iglesia se movía en una cultura social de preocupaciones nacidas a finales del siglo XVIII y principios del XIX, tiempo en el que Saint-Simon, Fourier y Owen, entre otros, promovieron el colectivismo predicando una asociación voluntaria entre patronos y obreros para un mejor ordenamiento de la sociedad en su comportamiento económico. Pero es el marxismo quien incita a la Iglesia a enfrentar el problema social que impulsa al papa León XIII con visión pionera a redactar la Encíclica “*Rerum Novarum*” el 15 de mayo de 1891. Su mensaje se apoyó en bases totalmente distintas y trató de conjugar la naturaleza misma de la persona y el Evangelio. Más adelante, en 1931, Pío XI, en el mismo 15 de mayo y cuando habían transcurrido 40 años sucediendo en sus criterios a su antecesor publicó la Encíclica “*Quadragesimo Anno*”. En ella trata de la propiedad privada, del régimen salarial y de la conducta de los cristianos frente a las nuevas tendencias del socialismo, y critica el poderío económico que propone vincularlo a las exigencias del orden moral. Finalmente, surge la carta Encíclica “*Mater et Magistra*” de Juan XXIII, el año 1961. Esa Encíclica fue glosada en 1962 por tres eminentes sacerdotes vascos, los tres comprometidos con la cuestión social desde una perspectiva cristiana y todos ellos unidos para desarrollar un texto esclarecedor que titularon “*Exigencias cristianas en el desarrollo económico-social*”: Ellos eran, con apenas 37 años, D. José María Setién, que luego sería Obispo de San Sebastián, D. Carlos Abaitua, promotor de varias realizaciones sociales, y Ricardo Alberdi, ya fallecido a temprana edad, y que ocupaba la cátedra de León XIII en Madrid. En realidad se trata del análisis de esta Magna Encíclica que surge en pleno despegue del cooperativismo mondragonés, el mismo año que nace Caja Laboral y el grupo a ella asociado comienza a tener entidad por su dimensión y expectativas. En el texto de “*Exigencias cristianas en el desarrollo económico social*” se evalúa y glosa la Encíclica del papa Juan XXIII, y su trabajo lo sintetizan así: “*En un mundo desgarrado en dos bloques que se combaten mutuamente la Iglesia desea, una vez más, hacerse presente porque estima que los grandes principios entresacados del Derecho Natural y la Revelación siguen siendo imprescindibles en la búsqueda de un orden nuevo, equilibrado, justo y humano*”.

En otro marco bien distinto, por el método seguido y por la impronta pastoral que se imprime a la acción, el Arzobispo de París, Emmanuel Suhard (1874-1949) se ve impelido a acometer la cristianización de las masas obreras cada vez más distantes de la Iglesia. Dicta sus cartas pastorales en tal sentido. Una de ellas “*Auge y decadencia de la Iglesia*”, ya en 1948, adquiere gran resonancia. Pero sobre todo funda el seminario, Misión de Francia, en Lisieux de donde surge el movimiento comprometido de los llamados “curas obreros” que se unen a los trabajadores en su propio lugar de trabajo para ejercer su impulso evangelizador.

4. FORMACIÓN TEÓRICA Y PRÁCTICA DE LA JUVENTUD

En 1941, cuando el Padre Arizmendiarieta asume la misión de coadjutor de la Parroquia de Mondragón y es nombrado consiliario de Acción Católica trabaja en la búsqueda de las grietas que la dictadura implantada le permite utilizar. Bajo la consigna de *“no lamentos sino acción”* se acerca a los jóvenes cuya egregia figura y su acercamiento espiritual va creando alrededor suyo a centenares de hombres y mujeres cristianos y, a la vez, colaboradores en sus planes. Es el tiempo en el que la guerra civil ha empalmado con la no menos cruel que hace arder Europa, a la que se suman los Estados Unidos y Japón y se hace mundial. El hambre, el hacinamiento en las viviendas, las limitadas opciones para optar a una formación más allá de la enseñanza primaria y las carencias mínimas para desarrollar una vida social, se hacen más evidentes. Falta de todo para emprender una actividad que emancipe a la juventud o le muestre un camino, aunque sea áspero y exigente para aplicarse con vehemencia a romper las diferencias de clase que el paternalismo reinante, como secuela derivada, en el mejor de los casos, de las jerarquías políticas, empresariales e institucionales, cubre con sus inevitables limitaciones. Y es en este tiempo de escasez y de penurias donde el Padre Arizmendiarieta va sembrando su semilla. Moviliza a la juventud creando instalaciones deportivas, inaugura una Escuela Profesional, en 1943, que es el origen de la actual Mondragón Unibertsitatea que él ya presintió hacia 1965 redactando las bases de lo que llamó Mancomunidad Escolar de la Universidad de Oñate (M.E.D.U.O.) y, para que al tiempo que la juventud se formaba en el campo profesional diera los primeros pasos en la gestión de un futuro que sólo él presentía, organizaba obras de teatro, reimplantó el Olentzero, el Bizar Zuri, el “Belen” de Navidad, el Gabon Zar y la Cabalgata de Reyes.

Era una forma inequívoca para que se cumpliera una de sus afirmaciones: *“La emancipación de una clase o un pueblo tiene que comenzar por la capacitación masiva de sus componentes. No se mejora la suerte de las masas sin las masas”*. Y esta actividad venía impregnada de una formación cristiana que él estimulaba en las miles de horas que departió en el Centro de Acción Católica marcando pautas de conducta con admoniciones como ésta: *“Dios nos ha mandado a trabajar y sólo nos pedirá cuentas del trabajo, de nuestros desvelos, de nuestras preocupaciones. El fruto vendrá o no vendrá. Y, nosotros, ¿habremos cumplido con Dios de nuestra parte?”*. En Mondragón bajo la estudiosa, inteligente y profundamente religiosa mirada de un coadjutor se iba fomentando un potencial de acción que en algún momento daría sus frutos prácticos.

5. SE CREA LA PRIMERA EMPRESA COOPERATIVA

Efectivamente, habían pasado 14 años desde que el Padre Arizmendiarieta comenzó a relacionarse con la juventud cuando, con los mismos fundamentos de fe cristiana, de estudio, de trabajo y de responsabilidad social se formulan los hitos iniciales que han de

plasmarse en la empresa comunitaria. No se trataba de crear unas empresas que fueran sólo rentables, aunque tenían que serlo. Ni tampoco que siguieran las pautas de conducta de organizaciones institucionales que se ajustaran a los modelos convencionales, en las que el capital alquilaba el trabajo, pero que marca distancias en el poder soberano para las grandes decisiones que emanan exclusivamente de los detentadores del capital como máximo poder. Por el contrario en la empresa pionera, que nace en 1955, el trabajo ejercido por el factor humano adquiere plena soberanía y es el capital que aportan sus trabajadores el instrumento (por otra parte imprescindible) que se alquila mediante un interés convenido no dependiente de la evolución económica de la empresa. Los hombres que se han ido formando bajo la tutela espiritual del Padre Arizmendiarieta y sobre todo, aquellos a los que más ha persuadido para alcanzar mayores niveles de capacitación teórico-práctica, mientras ocupan puestos relevantes en las empresas de Mondragón, deciden crear ese nuevo modelo de empresa. En este primer paso se pretende, con la explicable emoción y entusiasmo catecúmeno y, sobre todo, sin la necesaria destreza en el manejo de todas las variables del gobierno de la empresa, crear una fraternidad idílica que ha de conciliarse con las limitaciones de las leyes y reglamentaciones que se hallan en vigor. Respecto a las normas de funcionamiento internas se pugna por la igualdad de derechos, de solidaridad en el intervalo retributivo y de rigor y transparencia en las formulaciones administrativas. Todo lo cual se enmarcaría en *“solidaridad humana y cristiana”*. Se quiere crear un modelo de relaciones comunitarias que trasfunda en su plenitud las encíclicas papales de León XIII y Pío XI (aún no había promulgado la Encíclica Mater et Magistra) y para ello recogemos uno solo de los párrafos que anota el Padre Arizmendiarieta al procederse a la inauguración de uno de los primeros pabellones como lo hacía en todo mientras vivió: *“Te pedimos Señor que un profundo sentido de justicia se hermane y se complemente siempre con la más exquisita caridad cristiana”*.

Se había dado en ese año, ya 1957, los primeros pasos y el éxito social era entonces el renacer que aventuraba un porvenir risueño.



6. EL COOPERATIVISMO SE DESARROLLA EN EUSKADI

La época, enmarcada en el llamado nacional-catolicismo, propiciaba sólo un escaso margen de libertad a las organizaciones que no surgieran del propio Estado. Y era la Iglesia la que disponía de una mayor tolerancia aunque marcada por límites irrevocables. Así surgió, dentro de Acción Católica, la vocación más extendida en Euskadi: las Juventudes Obreras Católicas (la J.O.C.). Era un lenitivo insuficiente para que, bajo el escudo de los sacerdotes consiliarios locales, mantuvieran no más allá de una actitud crítica con el sistema político, con las abismales diferencias de clases y, sobre todo, de la libertad para expresarse cada uno según sus propias ideas. Para eso sirvieron las encíclicas papales cuyo análisis y desarrollo pugnaban contrarias al sistema en el que el sindicalismo era gobernado por un ministro del gobierno. Y todo ello en el aura de aparente conciliación de las empresas con su deber cristiano. El paternalismo era el procedimiento sustitutivo de los derechos de los trabajadores. Y, bajo este *“modus operandi”* las empresas comprometidas a través de sus directivos enviaban a sus trabajadores a practicar los Ejercicios Espirituales a Vitoria, Bilbao, San Sebastián o Loyola. Dn. José María creó, en el Seminario de Vitoria, la Escuela Social Sacerdotal a la que traía profesores de reconocido prestigio que, en verano y a partir de 1948, impartieron su docencia en la época de vacaciones. Bajo su consigna de que *“la educación es el punto de apoyo natural e indispensable para la promoción de un orden social, humano y justo”* profesores de la talla de Paris Eguilaz y Emilio Figueroa entre otros, participaron en esa docencia necesaria para formar y movilizar las inquietudes de los sacerdotes diocesanos en sus respectivas parroquias. Así, en esta conjunción de impulsos: de las Encíclicas, de los sacerdotes, de las Juventudes Obreras Católicas, es cuando en Mondragón se dio el primer paso para la creación de un modelo de empresa, se formaron nuevos grupos en Euskadi que extendieron el cooperativismo, en general, emulando al de Mondragón. Casi todos ellos tenían como promotores a hombres de Acción Católica pertenecientes, o no, a la rama de la J.O.C. Además de en Mondragón y su expansión por el Valle de Léniz, surgieron cooperativas en Azpeitia, Azkoitia, Irún, Rentería, Pasajes, Elgoibar, Eibar, Vitoria, Bilbao, Goierri, Hernani (Lasarte), Antzuola, Bergara, Elorrio, etc.. Esta eclosión de iniciativas tuvo su expresión más exuberante precisamente entre los años 1955 y 1965. Luego en 1960 nació Caja Laboral de la sabia previsión del propio Padre Arizmendiarieta y todas estas cooperativas fueron asociándose a ella para hallarse a cubierto de eventuales trances financieros. Y en todas ellas se unificó el marco orgánico representado por sus Estatutos y Reglamentos en los que se expresaba el principio moral de desarrollar *“comunidades de trabajo que actúen en solidaridad humana y cristiana”*.

7. LOS FUNDAMENTOS ORIGINALES SE DILUYEN

Cuando habían pasado 20 años desde que se creó la primera empresa comunitaria las iniciativas cooperativas no tenían ya el germen que apasionó a los pioneros para plasmar en realidades concretas la doctrina social de la Iglesia. La vida de D. José María se debilita. Ha trabajado excesivamente y el corazón le falla. Los más cercanos colaboradores no tienen su carisma, ni la profundidad de sus ideas, ni la fuerza persuasiva de su visión adelantada de los acontecimientos. En el conjunto del sistema creado, en el llamado grupo asociado a Caja Laboral, se incorporan directivos que, si en el mejor de los casos son idealistas, no les fluye desde sus raíces cristianas: son cooperativistas, pero sus ideales provienen de otros imperativos socioeconómicos, políticos o simplemente éticos. Se crecía en comunidades cerradas, en la penumbra poco mediática de unos valles protegidos. Pero se abre la entrada a los primeros universitarios que comienzan a padecer la crisis económica de los años 70 que afectan a las tasas de empleo y encuentran en el cooperativismo un puesto de trabajo en un clima comunitario que puede alimentar sus inquietudes, quizás sociales, quizás políticas, pero en todo caso ilusionantes y prometedoras. La Iglesia pierde el pulso ante la “*ilustración*” crítica de la juventud y los seminarios de Euskadi –que ahora son tres- se comienzan a vaciar. Y, en ese decenio de los 70 se produce una trasmutación de los ideales originarios. Ha muerto la dictadura por hacerlo su cancerbero inmutable. Y adviene la democracia y con ella aparecen mayores márgenes de libertad que cada uno expresa a través de sus convicciones políticas. D. José María fallece cuando acaba noviembre de 1976 cerrándose con él 36 años ininterrumpidos de docencia, ejemplo y de utopías cumplidas. Lo que sorprende a un observador directo de estas mutaciones, es que en el fuero interno de muchos de aquellos pioneros fundadores de la primera cuarentena de cooperativa, tras su compromiso social auspiciada por la Iglesia, vive aliado a esas convicciones un fondo de amor a un país determinado. Es decir, entre los cooperativistas de hondas raíces cristianas se ha insertado durante muchos años, por la educación paterna, por el contagio de sus más cercanas amistades o por simple elección objetiva, el mismo sagrado deber para reivindicar su libertad y su apuesta por un modelo de gobierno de su tierra, Euskadi, cuya conformación política es la que se generaliza de modo consistente. De ahí surgen dirigentes que harán política. Cinco serán, en algún momento, Consejeros del Gobierno Vasco y uno de ellos llega a ser Lehendakari después de servir 15 años al cooperativismo. Cabe citar lo que expresó sin rodeos otro intuitivo Lehendakari “*Aprecio a los dirigentes de las cooperativas. Porque tienen una buena formación para ser mandatarios de la Administración Pública; aman a su tierra, Euskadi, y sus modestas remuneraciones compatibilizan bien con las nóminas que se reciben en este Gobierno*”. De modo que el fundamento casi único de origen cristiano ya no es el impulso más sensible que da fuerza moral y genera un compromiso para desarrollar las empresas comunitarias de expresión cristiana como se hizo bajo el magisterio “*arizmendiano*”. Pero es en el Primer Congreso Cooperativo celebrado en los días 2 y 3 de octubre de 1987 –cuando hacía 11 años había fallecido Arizmendiarieta- cuando se cancela la subordinación de la inspiración cristiana en el que él asienta sus fundamentos. Se trata de aprobar los 10 Principios Básicos de Mondragón y éstos encuentran su raíz en reflexiones morales y sociales que Arizmendiarieta ha ido desgranando a lo largo de su vida siendo los ejes de su

cooperativismo. Se someten a votación tales principios y se aprueban; pero se elimina, y no pasan a ser parte de las Normas Congresuales, el fundamento que las inspiran. La idea que se sustenta por el Congreso no es crítica con D. José María. Sin embargo se piensa que ya es hora de que caminemos sin su tutela. Tampoco se explicita que Dn. José María encarnara una opción religiosa, pero el resultado objetivo es que la apelación cristiana para expresar los más profundos sentimientos de los pioneros deja de tener sentido; ya no hace falta recurrir a referencias que ha expresado un presbítero a quien muchos no conocieron, o sólo han oído hablar de él o, simplemente piensan, en uso de su libertad de ideas, que no les aporta nada a sus juicios personales.

8. EL PASADO NO RETORNA

Han pasado casi setenta años, con tres generaciones que se han beneficiado en su educación y en su trabajo por la impronta espiritual y magisterial de D. José María. Éste fue el hombre que hizo del cooperativismo unas comunidades de trabajo a partir de su afán de trasladar a la vida social las enseñanzas que a él le sugería el Evangelio de Jesús al decir: *“La espiritualidad es pura abstracción tal como la explicamos, pues la vida está impregnada de lo económico que determina estructuras de poder y de los seres humanos. ¿En qué queda el Evangelio si no nos comprometemos en la vida real?”* Sus ideas mientras vivió hasta ahora hará 33 años, ya no se reproducirán. Menos aún en esta creciente interdependencia económica entre los países cuyo flujo de transacciones internacionales de bienes y servicios, la presencia de capitales a escala mundial y la acelerada difusión de los avances tecnológicos hace casi inviable su modelo de trabajo en comunidades cerradas. Por eso hay que pensar que sus planteamientos morales combinados con los humanos que tuvieron gran eficiencia que en el pasado, ya no volverán y los fundamentos cristianos deberán seguir otros cauces para dar testimonio de fe en el Evangelio y ejercer esa fe a escala más universal. D. Joaquín Goikoetxeaundia que fue profesor suyo y director espiritual decía de él en 1988: *“A mí no me cabe duda de que D. José María merece por su talla humano-divina ser elevado a los altares para que aparezca a la faz de los hombres y, sobre todo, de los sacerdotes, como el gran modelo a imitar”*. Por todo lo dicho hasta aquí bien puede afirmarse que el cooperativismo de Mondragón tuvo una semilla eminentemente cristiana a la que supo hacer fructificar con espíritu indomable y una visión sabia del comportamiento humano, el Padre Arizmendiarieta. Y que, por tanto, el cooperativismo de Mondragón tuvo, en su origen y durante muchos años, una base cristiana expresa.

Origen que aún no deja de fluir y que ordena la vida social de las empresas de Mondragón, pero ahora mermadas en sus valores por el efecto sufrido en la política, la cultura, la elevación del nivel de vida y las vivencias religiosas, que han rebajado la espiritualidad de sus días inaugurales.